

destierro se empezaron á emplear contra los herejes inobedientes.

Mientras esto pasaba por parte de Teodosio, Máximo, aquel usurpador del imperio de Occidente, católico también, llevaba todavía mas lejos el celo religioso. Diversas herejías habían cundido en España, entre ellas la de los priscilianistas, sostenida por Prisciliano, obispo de Avila. Máximo hizo celebrar un sínodo de obispos que le juzgasen á él y á sus cómplices, y Prisciliano, obispo, con dos sacerdotes y dos diáconos, un poeta y una viuda, sufrieron la pena capital (1). Máximo fué el primer príncipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas. San Ambrosio, obispo de Milan, y San Martin de Tours condenaron estas crueldades. San Ambrosio se negó á toda comunicacion con Máximo. Examinemos el carácter y conducta del venerable obispo de Milan. Prescindamos del dictado de Santo que luego mereció. Consideremos en él las ideas de libertad, de independencia, de humanidad y de tolerancia; mirémosle como un ciudadano, como un político, conforme á los principios de la nueva religion. Hemos visto su entereza con Máximo; el obispo católico no quiere comunicar con el emperador católico, porque Ambrosio condena en nombre de la religion la crueldad y la efusion de sangre. Veamos cómo se condujo con Teodosio.

Habian ocurrido desórdenes en Antioquia y en Tesalónica: en la primera ciudad habían destruido las estatuas de Teodosio, de su padre y de toda su familia (387). En Tesalónica el pueblo había asesinado al comandante de la guarnicion (390). Teodosio dió orden de exterminar la ciudad, y la revocó cuando ya se había ejecutado. La muchedumbre fué lanceada por las tropas: grande y horrible fué la carnicería. Ambrosio tuvo noticia de esta matanza en Milan, y retirándose á la campiña escribió al emperador: «No me atrevería á ofrecer el sacrificio si asistieseis á él. Lo que me prohibiría la sangre derramada de un solo inocente, ¿lo podré hacer con la de tantas víctimas (2)?» Hízole sensación á Teodosio esta carta: quiso entrar en la iglesia; salióle al encuentro en el vestíbulo un hombre que le detuvo diciéndole: «Has imitado á David en su crimen, imítale en la penitencia (3).» Este hombre era Ambrosio. «Si Teodosio, le decía á Rufino, quiere trocar el imperio en tiranía, yo moriré gustoso.» La voz del sacerdote era la voz del cristianismo que se levantaba á condenar la tiranía, cualquiera que fuese el que la ejerciera: era la voz de la humanidad, eran los principios del Evangelio, expresados por la boca de un hombre enérgico que sabía apreciar su dignidad, la dignidad de una religion que establece la igualdad entre los hombres y que no conoce grandes ni pequeños para condenar los crímenes. Jamás en ninguna república pudo llegar á mas alto punto la entereza y el heroísmo de un ciudadano en la condenacion de la tiranía: y que la religion la condenaba con él. ¡Sublimidad de la política del cristianismo! Teodosio hizo penitencia pública en la catedral de Milan, despojado de las insignias del poder supremo, y San Ambrosio le absolvió, obteniendo antes una ley para que se dejase siempre un término de treinta dias entre la sentencia de muerte y su ejecucion, para que no fuese obra de la cólera y del arrebató. A pesar de la magna-

(1) Prisciliano, nacido en Galicia, de familia noble y rica, hombre intrépido, facundo, erudito, se había empapado en las doctrinas de los gnósticos y maniqueos, que le enseñaron Elpidio, maestro de retórica, y Agape, señora no vulgar, y las difundió en la Iglesia de España. Afectando humildad en el traje y en las palabras, se captaba cierto respeto, y consiguió que tomaran su defensa algunos obispos, entre los que sobresalieron Instancio y Salviano. La herejía tomó tal fuerza que fué ya necesario congregarse el concilio de Zaragoza, en que se condenó á los obispos mencionados, á Prisciliano y Elpidio. Los prelados perversos se reunieron y nombraron á Prisciliano obispo de Avila, pero encontró resistencia en el metropolitano y en los demás obispos. El emperador Graciano mandó despojarlos de sus iglesias, que les restituyó despues por empeños del maestro de palacio Macedonio. Máximo los sujetó al concilio de Burdeos: Prisciliano apeló del juicio de los obispos al César, y fué llevado á Tréveris; San Martin de Tours medió para que no fuese condenado á muerte, mas habiéndose ausentado el santo de la ciudad, se abrió nuevamente el proceso, y Prisciliano fué degollado.

(2) Ambros. Epist. II.  
(3) Paul. in Vit. Ambros.

nimidad de aquel acto, no falta quien opine que el sacerdocio pudo haber humillado menos la majestad.

Dióse en el reinado de Teodosio el último combate entre la nueva y la antigua religion: la lid fué la mas interesante de cuantas han presenciado los pueblos: los dioses del Capitolio se defendian contra la fe del Crucificado, el politeísmo contra la unidad: el espectáculo era interesante; tratábase de la caída de una religion y de una sociedad antiguas, y del establecimiento de una nueva religion y de una nueva sociedad; en esta solemne lucha tomaban parte todas las clases del Estado, senadores, ministros, hombres de guerra, historiadores, filósofos, poetas, sacerdotes de uno y otro culto, oradores, todos lidiaban, disputándose palmo á palmo el terreno, los unos en defensa de antiguas y desacreditadas divinidades, los otros en la de un solo y verdadero Dios. La verdad iba á triunfar sobre la envejecida fábula. La idolatría había sido condenada ya por los pueblos, los ejércitos de los bárbaros hacían ya templos de sus tiendas, y las legiones romanas se burlaban de los antiguos dioses; cuando se derribó la estatua de Júpiter, los soldados arrancaban los rayos de oro que circundaban su cabeza, y los guardaban diciendo que con tales rayos deseaban ser heridos (4). Teodosio proscribió ya solemnemente un culto que Constantino había empezado suavemente á abolir, y que Juliano no pudo sostener, porque estaba herido de muerte. «Prohibimos, dice Teodosio, á nuestros súbditos, magistrados ó ciudadanos, desde la primera hasta la última clase, inmolarse alguna inocente en honor de un ídolo inanimado. Prohibimos los sacrificios de adivinacion por las entrañas de las víctimas.» Pero ya no era necesario tanto: la luz había venido, y las tinieblas tenían que disiparse. No era menester el mandato, bastaba la discusion.

Curiosa fué la cuestion que Teodosio presentó al senado. «¿Qué Dios deben adorar los romanos, á Cristo ó á Júpiter (5)?» Defendía la causa de Júpiter el prefecto Simmaco, grande orador: la de Cristo la sostenía San Ambrosio, orador no menos distinguido. La mayoría del senado condenó á Júpiter. El poeta cristiano Prudencio describe así la conversion de Roma: «Hubierais visto á los padres conscriptos, lumbreras brillantes del mundo, trasportados de alegría, á aquel senado de ancianos Catones, conmovidos al vestirse el manto de la piedad, mas cándido que la toga, y al deponer las insignias pontificales. A excepcion de unos pocos que permanecieron en la roca Tarpeya, precipitábase todos á los templos puros de los nazarenos, y la estirpe de Evandro corre á las fuentes sagradas de los apóstoles (6).» Cayeron, pues, los templos paganos bajo la fuerza intelectual de la idea religiosa que había penetrado en los entendimientos de los hombres. Este fué el grande acontecimiento del reinado de Teodosio. El imperio había de caer también pronto envuelto en la púrpura de sus príncipes.

Entre tanto en España luchaba también el viejo con el nuevo culto, costando trabajo á algunos desprenderse de los antiguos hábitos y preocupaciones; que siempre han sido los españoles tenaces en conservar sus costumbres. Pero la guerra mas viva era la que se hacían entre sí herejes y católicos. Varios obispos se habían hecho priscilianistas; perseguíanlos y los denunciaban otros obispos, como Itacio é Idacio, con exaltado celo. Los sectarios de Prisciliano cada vez se mostraban mas atrevidos y ardientes. No sirvió que fueran condenados en el concilio celebrado en Zaragoza (381): no sirvió que Graciano los echara de los templos y de las ciudades: no sirvió que Máximo convocara contra ellos otro concilio en Burdeos; no sirvió que Prisciliano con otros de sus secuaces sufriera la pena de muerte; el fuego de la herejía no se apagó, antes creció mas su incendio; los cadáveres de Prisciliano y sus compañeros de suplicio fueron adorados como mártires, lo que produjo graves alteraciones entre los prelados. Máximo, viendo las discordias que ardían entre los obispos cristianos de España, pensó enviar á ella *tribunos perquisidores*, con facultad de confiscar y aun de quitar la vida

(4) S. August. De Civitat. Dei, lib. V, cap. XXVI.

(5) Zosim. Hist. lib. IV.

(6) *Ecultare patres videas*, etc. Prudent. contra Symmacum.

## DISCO DE TEODOSIO EL GRANDE

El disco representado en la lámina adjunta, y encontrado por un labrador ocupado en desarraigar de malas yerbas una tierra de labor situada á mil varas de Almendralejo, es de plata y pesa 533 onzas. En él hay grabadas tres figuras principales: la del centro representa un emperador romano, vestido de túnica y clámide, y calzado de sandalias adornadas de piedras ó perlas: en la cabeza tiene una diadema, y el brazo derecho alzado en actitud de entregar un pergamino. Las figuras de derecha é izquierda están vestidas del mismo modo que la anterior, llevando una de ellas un cetro con un globo, y la otra un globo solamente. A ambos lados de estas se ven dos soldados, y por último, otro personaje como en accion de dirigirse á recibir el volúmen del emperador del centro. Al pié del basamento ó gradería del pórtico en que están colocadas dichas figuras, se ve una alegoría consistente en una mujer recostada, teniendo entre sus brazos una cornucopia llena de frutos, y de cuyo regazo sale un niño alado en actitud de volar al emperador y de ofrecerle una flor, mientras otros dos niños alados también parecen ofrecerle una copa el uno, y el otro frutos y flores.

Al rededor del disco hay una media caña de una pulgada de ancho, y entre esta y el pórtico una inscripcion circular que dice así:

D. N. THEODOSIUS PERPETV AVG OB DIEM FELICISSIMUM X

Este disco estaba doblado cuando se encontró, y al querer desdoblarlo el labrador que lo halló, concluyó por dividirlo en dos partes próximamente iguales, del modo que representa la lámina.

Las figuras del disco representan, segun se deduce de varias consideraciones históricas y arqueológicas, al emperador Teodosio sentado entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, y fué mandado construir por el mismo emperador en el dia de sus quinceaños; ó aniversario del décimoquinto año de su mando, celebrado el 19 de enero del año 393 de la era cristiana. Figúrase además en él el acto de entregar á un magistrado de provincia el libro de los preceptos para desempeñar su cargo, lo cual debió verificarse en la celebracion de los quinceaños, porque entendiéndose que estas funciones debían aludir á la prorogacion del mando imperial, del mismo modo los emperadores debían prorogar el mando de las provincias á sus delegados.

Finalmente, este disco es un clipeo ó clipeo de los que los emperadores mandaban construir con sus imágenes para sus aclamaciones, y para que sirviesen á los magistrados en sus actos públicos, llevándolos delante de sí y teniéndolos presentes al juzgar en los tribunales.

El disco representado en la lámina adjunta y encontrado por un labrador ocupado en desmenujar de unas rocas  
 una fuente de agua cristalina y en el punto de Almendralejo, es de plata y pesa 335 onzas. En él hay grabadas tres figuras  
 principales: a la del centro representa un emperador romano, vestido de túnica y calzado de sandalias doradas  
 y coronado con una corona; a la izquierda tiene una diadema y el disco de oro que le cubre el pecho; a la derecha  
 tiene un cetro y una espada. Las figuras de la izquierda y de la derecha representan a las diosas Minerva y Juno, con  
 sus atributos respectivos. En la parte superior del disco hay una inscripción en caracteres latinos que dice: *PERPETVAE  
 OBDIEM FELICISSIMAE*. En la parte inferior del disco hay una inscripción en caracteres griegos que dice: *ΑΝΘΕΟΔΟΣΙΩΝ  
 ΠΡΩΤΟΚΑΙΣΑΡΕΩΝ*. El disco tiene un diámetro de 72 centímetros y se conserva en la Real Academia de la Historia.



**DISCO DE THEODOSIO EL GRANDE,**  
 que se encontró en Almendralejo el año de 1847, y se conserva en la Real Academia de la Historia.  
 (Su diámetro alcanza 72 centímetros)

á los que fuesen tenidos por herejes; especie de tribunal inquisitorial, que merced á los esfuerzos de Martin, obispo de Tours, no llegó á establecerse en España. Pero estaba reservado al primer emperador que hizo derramar sangre por opiniones religiosas, ser el primero también que concibió el ominoso pensamiento de un tribunal que andando el tiempo la había de verter á raudales.

El clero español había comenzado también á relajarse en sus costumbres. En el cánón VI del concilio de Zaragoza se excomulgaba á los clérigos que pretendían hacerse monjes por vanidad, y por tener más licencia de hacer lo que quisiesen (1). Himerio, obispo de Tarragona, viendo lo relajadas que andaban ya la disciplina eclesiástica y las costumbres de los cristianos, escribió una carta al pontífice Dámaso, consultándole sobre los desórdenes que se habían introducido en España. Muerto Dámaso, le respondió el papa Siricio su sucesor, de cuya carta, que es un célebre documento, son notables las prevenciones siguientes: «que nadie pueda casarse con la que está desposada ya con otro y ha recibido la bendición del sacerdote: que los monjes y monjas que sin atender á su voto y estado faltan á la castidad sacrilegamente viviendo como si estuviesen casados, sean excluidos de la comunión hasta el fin de la vida, y que entonces se les dé el viático de misericordia: que á los ministerios eclesiásticos solo sean admitidos los de buena vida y costumbres, y los que solo se hayan casado una vez: que con los clérigos no viva mujer alguna, sino las que pernite el concilio Niceno (2).» Así decía ya San Jerónimo: «Hay algunos que solicitan el sacerdocio ó el diaconado para ver más libremente á las mujeres. Cuidan más principalmente de su vestido, de peinar la cabeza con mucho esmero y de perfumarse. Rizan los cabellos con el hierro: las sortijas brillan en sus dedos: andan de puntillas; de suerte que más os parecerán jóvenes recién casados que clérigos (3).» Extiéndese el santo padre en otras descripciones de este género en prueba de la corrupción que se notaba ya en las costumbres de los sacerdotes. Había, sin embargo, un gran número que eran ejemplo de pureza y de virtud.

Tenia en aquel tiempo la doctrina ortodoxa para luchar con el politeísmo y con la herejía campeones ilustres, sabios elocuentes y vigorosos, obispos filósofos, prelados insignes en letras y en virtudes, apóstoles infatigables, que con la pluma, con la palabra y con el ejemplo, combatían enérgicamente los antiguos y los nuevos errores con que tuvo que lidiar el catolicismo, que desafiaban con valentía la persecución, que hablaban con independiente entereza á príncipes y gobernantes, y que ilustraban al mundo y derramaban por todo el orbe la fe y la civilización. Desde el obispo Atanasio de Alejandría, el varón incontrastable, modelo de perseverancia y de firmeza, hasta el prelado de Hipona Agustín, el inimitable autor de las *Confesiones* y de la *Ciudad de Dios*, hubo una serie y sucesión de varones virtuosos y de clarísimos ingenios que imprimieron á los espíritus un movimiento prodigioso por todo el mundo entonces conocido, y le iluminaron con sus brillantísimos discursos y sus eruditas discusiones, enseñándole la verdad y encaminándole hácia el bien. Tales fueron los Crisóstomos, los Gregorios de Nazianzo y de Niza, los Osios, los Basilio, los Ambrosios, los Jerónimos, y otros ilustres y eminentes sabios, que recibieron el honroso nombre de Padres de la Iglesia, y que podríamos llamar también los santos filósofos del cristianismo. A ellos se debió en gran parte el triunfo de la doctrina civilizadora, y el descrédito en que fueron cayendo las antiguas creencias que habían tenido oscurecida la humanidad.

Volvamos ahora á Teodosio.

Le hemos visto como guerrero sostener el imperio sin dejar perder una sola provincia ni una sola pulgada de territorio, como favorecedor de la religión cristiana dejarse arrebatar muchas veces de su ardor hasta la violencia. Como legislador

(1) Aguirre, *Colección de Concil.* Tom. II.

(2) Esta decretal es la primera que se encuentra en las colecciones antiguas de la Iglesia latina, y la primera que los sabios reconocen por verdadera.

(3) Fleury. *Hist. eccl.*, tom. IV, cap. XVIII.

civil, dictó multitud de leyes, que le ganaron verdaderos títulos de gloria. Descúbrese en muchas de ellas un espíritu de sabiduría, de justicia y de humanidad, que merecen cumplida y especial recomendación. Puede servir de ejemplo la siguiente: «En cuanto á los que se hallan detenidos en las cárceles, ordenamos que no se omita medio para apresurar la libertad de los inocentes, y que no se cometa la injusticia de prolongar la detención de los culpables, que sería agravar su pena. A los carceleros y otros agentes de la justicia que se propasasen á violencias ó extorsiones contra los presos, queremos que se les impongan las penas más severas. Los administradores de las casas de detención, que no presenten cada mes un estado exacto de los presos, con expresión de su edad, naturaleza de su delito y duración de la pena á que cada uno está condenado, quedan obligados á pagar á nuestro tesoro una multa de veinte libras de oro: y el juez que por negligencia condenase un proceso, pagará una multa de diez libras de oro sin remisión.» Admirable ley, que deseáramos ver cumplida después de mil quinientos años. Otras disposiciones no menos recomendables de este ilustre príncipe pueden verse en el Código Teodosiano.

A vueltas de los defectos que hemos hecho notar, amigos y enemigos solían hacer justicia á sus virtudes. Aun daba lugar su edad á concebir más venturosas esperanzas, cuando falleció en Milan el último emperador que había sabido dirigir con robusta mano el imperio (395). Lo peor fué que le dejó encomendado á sus dos tíos é inexpertos hijos, Arcadio y Honorio, al primero como emperador de Oriente, como emperador de Occidente al segundo: separación que será ya definitiva (4).

## CAPITULO VII

### Los bárbaros

DE 395 Á 414

Arcadio, emperador de Oriente, Honorio, de Occidente.—Debilidad de estos dos príncipes.—Irrupción de bárbaros en el imperio.—Los godos. Alarico.—Sus primeras invasiones por Oriente.—Invade la Italia.—Es derrotado dos veces por Estilicon, ministro y general de Honorio.—Se retira.—Nueva irrupción de bárbaros.—Vándalos, suevos, alanos, borgoñones, godos.—Gran derrota de los bárbaros en Florencia.—Emperadores intrusos en las Galias y en España.—Guerras civiles.—Nueva aparición de Alarico en Italia.—Sitio de Roma.—Impuesto que exige á la ciudad.—Humillación de los romanos.—Segundo asedio de Roma por Alarico.—Obliga al senado á aceptar un emperador que él nombra.—Sitia Alarico á Roma tercera vez.—Entran los godos en la ciudad de los Césares.—Horroroso saqueo y destrucción de estatuas y de preciosos objetos artísticos.—Manda Alarico respetar los templos cristianos.—Conduce en procesión los vasos sagrados.—Retirada de Alarico.—Su muerte.—Suédele Ataulfo.—Su matrimonio con Placidia, hermana del emperador romano.—Ruptura entre Ataulfo y Honorio.—Invasión de los bárbaros en España. Vándalos, suevos, alanos.—Gran desolación en España.—Repártense las provincias.—Venida de Ataulfo y de los godos.—Disolución moral del imperio romano.—Se inicia en España la dominación de los godos.

Un solo hombre había estado deteniendo la caída del imperio. Muerto este hombre, el viejo y minado edificio iba á venir á tierra, parte desmoronándose, parte desplomándose con estrépito.

Parece que la Providencia no quería dar á cada familia imperial sino un nombre ilustre, para que los grandes de la tierra no se envanecieran. Marco Aurelio, modelo de príncipes, dió al mundo un hijo, tipo de corrupción y de perversidad. Los hijos de Constantino estuvieron lejos de heredar la grandeza de su padre; y al gran Teodosio le suceden sus dos hijos Arcadio y Honorio, el primero pequeño, miserable y estúpido, el segundo desidiado, ligero y desatentado: Arcadio dominado por una mujer y por un eunuco, y Honorio entregado á un tutor de la raza alana, y contento con casarse sucesivamente con las dos hijas de Estilicon, que supo aprovecharse bien de la inercia y de la imbecilidad de su imperial

(4) Orosio, Zosimo, Idacio, Marcelino, San Ambrosio, Aurel. Víctor, que acabó con él su historia, y otros.